

BIENVENIDA UNA VEZ MÁS A PAMPLONA Y A LA ETSA

Hortensia Núñez Ladevéze pertenece a ese “puñado” de mujeres escultoras españolas tan poco conocido por el público en general, pero con una obra de gran importancia en el panorama artístico contemporáneo.

Ella misma describe cómo su encuentro con el arte se produjo al descubrir “un nuevo modo de ver las mismas cosas de siempre”, descubrimiento que alcanzaba e implicaba toda su vida. Frente al axioma de el arte como el ‘hacer lo nunca visto’ con que Picabia definía el nuevo arte, Hortensia aplica el “ver como nunca lo de siempre en la vida”, que es precisamente el lugar en donde nace la necesidad de expresión, es decir, la raíz del arte, y así compone un nuevo universo creativo de formas en movimiento, fruto de los conceptos escultóricos que aplica a su realidad cotidiana.

La mayor parte de su obra la realiza entre los años 1960 y 1980, es decir, en un panorama nacional -el período de la abstracción española- en el que, de manera especial, se planteaba una investigación geométrica y matemática en el arte que trataba, en definitiva, de establecer referencias, y que era consecuencia de la formulación de la teoría de la relatividad y los sistemas “abiertos” de creación y de existencia.

Aunque sus obras comparten este estatuto de obra abierta, su significado, sin embargo, está impregnado de la conciencia sólida y profunda con la que la autora aborda cada uno de los temas que va desgranando a lo largo de este libro que se presenta, que recoge una serie de piezas sugerentes, evocadoras y de gran belleza.

Hay que señalar que en el mundo de los artistas -desde luego en la época en la que trabaja Hortensia, pero también independientemente del estilo o del momento histórico que consideremos- siempre aparece un concepto propio e intuitivo y común a todos ellos: el de ‘equilibrio’.

Basándose en este concepto y en su relación con la ciencia física, el arte ha intentado desarrollar también un procedimiento teórico que establezca un cierto ‘centro de gravedad’ en las composiciones artísticas y, con él, la elaboración nuevamente de un procedimiento teórico y razonado de creación artística que maneje elementos como la gravedad, el desplazamiento y el tiempo físico, así como una hipótesis de equilibrio como la formulada en los años 70, en la que se explicaba que en la contemplación de una obra de arte habría satisfacción o goce estético cuando el conjunto **obra – espectador** estuviera en equilibrio.

En mi opinión, este equilibrio se produce de manera muy constatable entre el espectador y la obra de Hortensia, en la que el afán de transfigurar lo cotidiano es propio del ingenio de la autora, que muestra a las claras su poder creador. Ese poder que busca, según sus palabras, “transmitir la energía que emerge de la materia al ir cobrando forma” y que, partiendo de la dispersión, se va transmutando en unidad, equilibrio y armonía.

La experiencia estética de las obras de Hortensia es la de captar la realidad transformada por su libertad creadora. De esa conjunción de mundo y libertad deriva la alegría que emanan y el goce que producen.

En sus esculturas descubro más interés por entrar en contacto con la materia que por el abandono de la forma, en el sentido en que ese 'entrar en contacto con la materia' no es sino entrar en contacto con lo sagrado. Comenzar por dar nombre a los conceptos, con el nombre, forma, y fijarla entonces como realidad principal es, como diría María Zambrano, "el paso hacia la humanización y el inicio del arte".

Las esculturas de Hortensia desbordan humanidad en este sentido y ofrecen una visión humanizada de la realidad. Presentan esa justeza que la escala humana concede a las cosas, que al poseerla parece que existan sólo para ser disfrutadas, y que hace vibrar al observador en su cuerpo y también en su alma .

Son obras, en ocasiones, de formato reducido, pero monumentales. Como dice José Hierro al comentarlas "con un afán de transfigurar lo minúsculo que muestra claramente el poder creador de su autora". Intuición lírica y razón lógica superando la dificultad que la materia y la incertidumbre oponen, superándola mediante el trabajo constante y esforzado, para finalmente conseguir plasmar el estallido de felicidad que corresponde al propósito alcanzado desde el arranque interior.

He contemplado con interés la obra de Hortensia que el libro recoge y de ella me quedo con sus figuras dinámicas, equilibradas, siempre en movimiento armónico; con el material que habla distintos idiomas, a veces ásperos, a veces suaves o brillantes, hirientes o amables; con el espacio construido con la forma, un espacio afectado e incorporado en su 'no ser' a la realidad física de la pieza que lo determina. Desde luego, creo que merece una alusión la temática religiosa que en ocasiones inspira la escultura y que, sólo cuando corresponde a un sentimiento procedente del interior del autor, puede dar lugar a la obra de arte.

Porque la obra de arte, en definitiva, nos enfrenta con la verdad, con la verdad de cada uno, en la soledad de la contemplación o del trabajo. Y sólo de esa verdad auténtica e interior nace la unidad completa de la obra y la transforma en metáfora del universo.

La obra de Hortensia es auténtica, la mueve una fuerza que nace de su interior con voluntad de irradiarse hacia afuera y se aplica al trabajo transformador sobre la materia que la transfigura, imponiendo su presencia y comprobando que toda palabra sobre la obra de arte es innecesaria.

Inmaculada Jiménez Caballero. Profesora de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra